

EL CRISTIANISMO, UNA FORMA DE VIDA

PROBLEMAS DE AGENDA

Con frecuencia, los personajes importantes retrasan o eluden compromisos adquiridos y aducen como razón inapelable «problemas de agenda». Estoy convencido de que una buena parte de los problemas que experimentamos los creyentes para llevar una vida coherente con nuestra fe consiste también en problemas de agenda.

¿Por qué estando convencidos de que son lo único necesario, Dios y su reino ocupan de hecho tan escaso lugar en nuestra vida? Sencillamente, porque no tenemos tiempo. No les dejamos hueco en nuestra agenda. No hay imagen más cabal de que nuestra vida está enteramente ocupada –en el peor sentido de la palabra–, de que no hay en ella espacio para la disponibilidad, que es la primera condición para que esas agendas llenas de ocupaciones desde las primeras horas del día hasta las últimas de la noche.

Hay una imagen espléndida de la diferencia entre la actitud de Dios para con nosotros y nuestra actitud para con él. El Apocalipsis tiene en boca del Señor esta expresión maravillosa: «He aquí que estoy fuera a la puerta y llamo; si alguno me abre, entraré y cenaré con él». Dios tiene tiempo, todo su tiempo, eterno, para nosotros. Nosotros, en cambio, siempre tenemos problemas de agenda con él. Lope de Vega lo vio y expresó hermosamente. Después de pedir a Jesucristo en la cruz:

«Espera, pues, y escucha mis cuidados», le dice lleno de razón: «Pero, ¿cómo te digo que me esperes/si estás, para esperar, los pies clavados?». Dios está a nuestra disposición permanentemente y en todas partes. Como que nos está haciendo ser y, si retirase su aliento, volveríamos al polvo. Somos nosotros los que no encontramos un minuto para él ni para lo que de verdad nos interesa. Nos sucede, como observaba Madeleine Delbrêl, que estando Dios en todas partes, nosotros nunca estamos donde deberíamos estar para encontrarnos con él.

Es probable que nuestros mejores propósitos, nuestras opciones más radicales de reorientar la vida, de convertirnos de una vez, tengan que comenzar por una reforma de nuestra agenda. Por eso, cuando hacemos propósitos, cuando nos proponemos iniciar un curso o hacer planes para la vida personal o comunitaria, sería bueno que lo hiciéramos con criterios adecuados en relación con la distribución de nuestro tiempo.

El Evangelio nos ofrece un ejemplo de tal distribución. Al comienzo de su evangelio, san Marcos nos narra cómo discurrían veinticuatro horas en la vida de Jesús: «Al atardecer llevaban a él todos los que tenían algún mal... y curó a muchos»; «al amanecer... salió a un lugar solitario y se puso a orar»; y cuando, después, todos le buscaban, dice a los discípulos: «Vamos a otras ciudades a anunciar el Evangelio».

En la agenda, quiero decir, en la vida de los discípulos de Jesús, no puede faltar un hueco para estas tres actividades: el servicio y la ayuda a los otros, la oración al Padre y el anuncio del Evangelio. Y como imagen global: en lugar de agendas totalmente ocupadas, vidas llenas de huecos disponibles para la irrupción de los otros, para la irrupción de Dios.

2. RELIGIÓN RAZONABLE

Hace unas semanas conocíamos horrorizados la carta a su familia escrita por uno de los presuntos autores del atentado del 11-S momen-

tos antes de morir. ¡Cuántas catástrofes a escala social y personal ha podido causar a lo largo de la historia y sigue causando en nuestros días una religión tergiversada y corrompida! Verdaderamente: *corruptio optimi, pessima*, no hay cosa peor que la corrupción de lo mejor.

Son muchas las formas de corrupción de la religión, pero ninguna tan peligrosa como el fanatismo –esa adhesión desmesuradamente apasionada a las propias creencias, el grupo religioso al que se pertenece o los símbolos de la propia tradición–, que se sigue de considerarse en todos esos aspectos de la vida religiosa en posesión de la verdad absoluta. El fanatismo puede darse en todos los sectores de la vida. Pero reviste sus formas extremas en el ámbito de la religión, donde, como decía Pascal, el hombre «se lo juega todo».

La raíz de la perversión fanática está sin duda en la absolutización de mediaciones religiosas, producto del hombre y selladas con la finitud y la relatividad de todo lo humano. Solo eso explica que se sacrifique el ser humano a realidades religiosas que deben estar a su servicio, perdiendo de vista que «el sábado, como todas las otras mediaciones religiosas, es para el hombre, no el hombre para el sábado».

Nada ayuda tanto al hombre a poner orden en los sentimientos y las pasiones, y en el mundo extraordinariamente complejo de la religión, como el recto uso de la razón, huella de Dios en el interior del ser humano. La misma fe y el culto verdadero han de ser, según san Pablo, «obsequio razonable». A la luz de la razón se comprende que nada en el mundo puede anteponerse al hombre, «absoluto relativo», solo subordinado a Dios, su origen y fin último. Como dijo un pensador judío: «Dios ha creado el mundo –y al hombre, añadiríamos nosotros–, no la religión».

Esta apología de la religión razonable no significa en absoluto falta de aprecio hacia la religión auténtica. Pocos creyentes se han mostrado tan ajenos al fanatismo como los místicos, que se han adentrado en la experiencia de Dios. San Juan de la Cruz reservó sus palabras más duras para quienes practicaban o predicaban el recurso

a penitencias corporales exageradas; se muestra reacio a atribuir a Dios milagros con demasiada facilidad; si los hace, dice, «a más no poder los hace»; y cuando se pregunta por qué el Señor no advirtió a san Pedro de su error a propósito de la circuncisión de los gentiles, responde diciendo: porque «era cosa que caía en razón» y «la podía saber por vía racional».

3. FE Y MORAL

No existe religión alguna que no recomiende a sus fieles: «Haz el bien; evita el mal». Ninguna que no contenga lo que Rabí Hillel llamaba la quintaesencia de todas las religiones: «Sé bueno, hijo mío». En todas las religiones, los fieles y los adeptos se han dirigido a los fundadores y maestros con la pregunta que la muchedumbre de Jerusalén dirigía a los apóstoles tras el discurso de Pedro: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?».

La historia de las religiones muestra que, a pesar de notables diferencias en la determinación concreta de las conductas, las religiones coinciden en la propuesta de unas pocas normas y unos pocos valores fundamentales, entre los que destaca la «regla áurea»: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti», o positivamente formulada: «Trata a los demás como quieres que te traten a ti». «Una de las impresiones más sorprendentes que produce el estudio comparado de las éticas religiosas –se ha podido escribir– es la semejanza en los códigos y enseñanzas básicas».

Esta relación estrecha entre moral y religión ha estado vigente durante milenios de la historia humana. Pero, en los países occidentales, la época moderna supuso en el terreno de la ética una verdadera revolución, conocida como secularización de la moral. En pocas palabras, esta expresión significa la ruptura de los lazos de dependencia de la moral en relación con la religión y la posibilidad de

establecer y vivir la moralidad, en lo personal y en lo social, independientemente de la adhesión a una tradición religiosa. A partir de este hecho, extendido en algunos países de tradición cristiana solo en los últimos decenios, ha comenzado a hablarse de la posibilidad y la realidad de una moral civil, es decir, una ética que determina los contenidos, la fundamentación de las normas y la motivación de las conductas sin referencia a la religión.

No creo exagerado afirmar que este hecho constituye para las instituciones y las personas religiosas uno de los puntos más problemáticos a la hora de encontrar la forma de presencia que se corresponde con el nuevo contexto que suponen para ellas la sociedad y la cultura seculares.

Las respuestas a esta situación me parecen oscilar entre dos extremos igualmente peligrosos para la sociedad y para las mismas Iglesias. No pocos responsables religiosos, celosos de la función magisterial que les reconocen los fieles de sus Iglesias, y basándose en la revelación o en la existencia de una ley natural inalterable e idéntica para todos, ofrecen para los problemas morales soluciones muchas veces deducidas de principios religiosos que no todos los ciudadanos comparten, que aspiran imponer al conjunto de la población y que pretenden que las leyes sancionen. El resultado de esta pretensión es que, cada vez que se produce una intervención de este estilo, los defensores de la moral laica ven en ella el peligro de retorno a una sociedad regulada desde la religión, originándose así un debate del que generalmente sale erosionada la autoridad moral de la Iglesia.

Para evitar este peligro no faltan personas, creyentes y no creyentes, que proponen una comprensión de la religión reducida a los aspectos culturales y falsamente «espirituales», que renuncia a la pretensión de transformar las conductas, sobre todo en su dimensión social, condenando así al cristianismo a la más completa esterilidad moral.

Felizmente, entre los teóricos de la ética y los pensadores cristianos va abriéndose camino otra forma de pensar, más prometedora

para la sociedad y para los cristianos. Comporta esa forma de pensar la aceptación de una ética civil, centrada y fundada en el reconocimiento de la dignidad de la persona y la promoción de sus derechos fundamentales, compartida por una inmensa mayoría de la sociedad, y en la que el diálogo y la colaboración pueden ir consiguiendo puntos cada vez más amplios de consenso y de avance en la respuesta a los nuevos problemas morales que plantean el proceso científico, técnico y económico. Pero esto no exime a los creyentes del deber de aportar y ofrecer a la sociedad en la que viven, a través de sus discursos éticos, y sobre todo de su forma de vivir, los contenidos, los fundamentos y las motivaciones que ellos obtienen de su condición de creyentes, aunque sin pretender imponerlos al conjunto de los ciudadanos.

Somos muchos los que estamos convencidos de que esta aportación, por una parte generosa y por otra modesta, representa una forma de presencia cristiana en la sociedad más eficaz y más creíble que la pretensión de hacer pasar a la legislación común todos los contenidos y las justificaciones de la moral propios del cristianismo.

Imaginemos tan solo lo que supondría en nuestra sociedad el testimonio de vida de unos creyentes que, partiendo del reconocimiento de la justicia en las relaciones sociales, hiciesen, además, presente la solidaridad, la capacidad de compasión, la «discriminación positiva» hacia los excluidos que supone la opción por los pobres. Imaginemos lo que supondría para nuestras sociedades consumistas la forma de vida austera de unas comunidades que, en lugar de derrochar, dieran muestras de compartir los bienes de sus miembros. O el mentís que representaría para nuestras sociedades, minadas por la violencia, la forma de vida de unos cristianos que decidieran no responder al mal con el mal, sino superar al mal a fuerza de bien. ¿Suscitaría la enseñanza moral de la Iglesia tanta animadversión si la vida de sus miembros y los principios de su organización estuviesen más evidentemente inspirados en el amor?

A los cristianos de nuestro tiempo nos falta, para dar un testimonio creíble de nuestra fe, mostrar en nuestra forma de vivir que hemos comprendido y realizado que, como decía Plotino, «Dios, sin la virtud, es una palabra vacía», y que, como repite constantemente el Evangelio, la autenticidad de la fe se decide en el amor y el servicio a los más débiles: «Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor». Nos falta dar testimonio con nuestra vida de la fecundidad ética de la fe.

4. UNA FORMA DE VIDA

El libro de los Hechos de los Apóstoles relata los primeros pasos del grupo de los discípulos de Jesús, que, gracias a la experiencia pascual que culminó en Pentecostés, va congregándose, organizándose y extendiéndose a partir de Jerusalén, bajo la guía del Espíritu.

El ángel que liberó de la prisión a los apóstoles describe el cristianismo, cuando todavía no tenía nombre, con esta expresión: «Id y anunciar al pueblo en el templo esta forma de vida» o «esta vida», como dice literalmente el texto. Es una hermosa descripción del cristianismo que sintetiza de forma admirable el conjunto de elementos que integran el complejo hecho cristiano. Para llenar de contenido esta descripción formal se pueden seguir distintos caminos. Uno consiste en enumerar los rasgos de la forma de vida de Jesús, de quien los discípulos son seguidores. Por aquí llegaríamos a una descripción que abarcaría la adhesión a Jesucristo como revelación de Dios y Salvador de los hombres, es decir, la dimensión teológica que, desarrollada en una experiencia personal, origina el elemento místico del cristianismo; y una manera de vivir que reproduzca la forma de vida de Jesús narrada y descrita en los evangelios.

El libro de los Hechos ensaya, además, otro camino: el de describir la vida de las comunidades congregadas en torno a la experiencia

del Resucitado. Varios «sumarios» nos las presentan así: vivían unidos, eran unánimes y constantes en la oración; lo tenían todo en común; partían el pan en las casas; alababan a Dios y se ganaban el favor del pueblo.

Los historiadores de la misión cristiana subrayan la eficacia, para la extensión del cristianismo de los primeros siglos, de la forma de vida encarnada por las comunidades. E. R. Dodds, por ejemplo, recuerda que el amor al prójimo era practicado por los cristianos con mayor efectividad que por cualquier otro grupo, y añade, refiriéndose a la situación de desamparo en que vivían los hombres de la época, que, para ellos, «entrar en la comunidad cristiana debía de ser el único medio de dar a la propia vida algún sentido». «De no haber sido por esto –añade otro autor–, el mundo seguiría aún siendo pagano. Y el día en que esto se acabe –agrega–, el mundo volverá a serlo».

Los cristianos de nuestro tiempo, tan preocupados por la significatividad de la Iglesia en nuestros días, tenemos aquí un modelo. Nuestra época, caracterizada por la incertidumbre, está pidiendo a gritos de la Iglesia, más que lecciones y discursos, comunidades vivas capaces de actuar como fermento en el mundo de una nueva forma de vida, la que suscita el seguimiento de Cristo.

5. INVITACIÓN A LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

En los nuevos parques de los barrios de las ciudades, en los caminos de muchos de nuestros pueblos, es frecuente cruzarse con grupos de personas de toda edad y condición, con atuendo deportivo, cumpliendo el consejo de los médicos de caminar diariamente como medio de mantenerse en buena forma para prevenir toda clase de accidentes y enfermedades.

Cada vez que lo observo recuerdo la sabia «primera anotación» de san Ignacio en sus *Ejercicios espirituales*. «Así como el pasear, cami-

nar y correr son ejercicios corporales, por ejercicios espirituales se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mentalmente y de otras espirituales operaciones». Sin menospreciar en absoluto las actividades propiamente religiosas a las que se refiere el texto ignaciano, me parece importante insistir también en la necesidad de otras «espirituales operaciones», indispensables para mantener en la debida forma espiritual a las personas.

Está comprobado que las facultades psíquicas como la memoria, si no se las cultiva, se deterioran hasta llegar a atrofiarse. Lo mismo sucede con las facultades espirituales distintivas del ser humano. Recordemos, entre otras, la posibilidad de ser amados y de amar, y la puesta en ejercicio de ese amor sin el que es difícil que la vida valga la pena ser vivida; y la capacidad de pensar, de descubrir y penetrar la verdad y disfrutarla y saborearla contemplándola; el hecho de reflexionar, tomando conciencia del alcance y la profundidad de lo que vivimos; el de discurrir, poniendo en orden nuestras ideas para razonar con orden y concierto, evitando los paralogismos, los falsos razonamientos en los que con tanta frecuencia caemos. Recordemos también la libertad, esa capacidad de disponer de nosotros mismos, de nuestras tendencias e instintos, sin dejarnos arrastrar por ellos; y, sobre todo, la capacidad de aceptar los valores más altos, aquellos que confieren valor a nuestra vida, la hacen digna de ser vivida y le otorgan sentido último, valores tales como el respeto a la dignidad de todo ser humano, la promoción de la justicia, el ejercicio de la solidaridad. Recordemos, por último, la capacidad de asombro y maravillamiento ante la belleza de lo real en la naturaleza, las personas y las grandes obras de arte que ha acumulado la humanidad a lo largo de su historia y que siguen creando los mejores artistas de nuestro tiempo.

Para las religiones, y en concreto para el cristianismo, el ejercicio de la vida espiritual es a la vez infraestructura indispensable de la vida religiosa y consecuencia que se sigue de ella. Estoy convencido

de que los cristianos ganaríamos mucho incluyendo los ejercicios espirituales entre los ejercicios cuaresmales destinados a templar al hombre interior para el desarrollo de la vida teologal dentro de la vida cristiana.

6. COMUNIDADES DONDE CONVIVIR

Todo parece indicar que nuestras sociedades no son lugares propicios para el crecimiento de esas personas equilibradas, armónicas, confiadas, animosas, generosas, que a todos, en el fondo, nos gustaría ser. La extensión de la carrera desenfrenada hacia la posesión, del activismo desaforado, del olvido sistemático de sí mismo en la diversión y la presencia de formas extremadas de violencia son indicios claros de una crisis de nuestra cultura que genera malestar en los que vivimos inmersos en ella.

Las causas de tal situación son numerosas y complejas, pero una de ellas está sin duda en la crisis de las comunidades naturales de acogida, indispensables para el crecimiento y la maduración de este animal extremadamente vulnerable que somos los seres humanos. Las manifestaciones de violencia, la marginalidad buscada o impuesta, la falta de brújula mental y moral que caracteriza a tantos jóvenes y no tan jóvenes, tiene que ver sin duda con la crisis de muchas familias, el deterioro de tantos centros escolares, que les impide cumplir con su tarea educativa, la falta de credibilidad de las religiones establecidas y la desvertebración del ámbito ciudadano.

Tal vez en lo que sigue peque de optimismo; pero pienso que en no pocos barrios, parroquias aparentemente nada florecientes, con un número reducido de fieles asiduos con edades más bien altas y que se sienten incapaces de ganar prosélitos en sus ambientes de vida, están realizando con ellos la tarea valiosa de procurarles un entorno humano en el que se sientan acogidos, reconocidos, estimados, res-

guardados de la intemperie socio-cultural del entorno y recibiendo en ellas razones para vivir con confianza. Son pequeñas comunidades, en el seno de parroquias con un círculo mucho más amplio de practicantes dominicales, compuestas por hombres y mujeres que se conocen, se tratan y, además de orar juntos, de aprender a leer la Escritura, de realizar pequeños servicios sociales y ofrecer catequesis de iniciación a los más jóvenes, se reúnen con frecuencia, comparten en ocasiones festivas comidas fraternales, se visitan cuando están enfermos, salen de vez en cuando de excursión para disfrutar de la naturaleza y conocer otros lugares, y realizan a una escala sencilla y modesta el ideal de las primeras comunidades cristianas descritas en el libro de los Hechos.

Su acogida a los que se aproximan a ellas, como está sucediendo con no pocos emigrantes, muestra que han superado la tentación del espíritu sectario. Algunos las toman como muestras del «pequeño resto» de la gran Iglesia de otros tiempos. A mí me parecen más bien brotes de un cristianismo capaz de actuar en su entorno para la transformación de la sociedad inhóspita en la que viven.

7. IDENTIDAD CRISTIANA EN TIEMPO DE PLURALISMO

El pluralismo constituye uno de los rasgos distintivos de la actual situación de la humanidad. Los hechos que han conducido a esta situación son numerosos: el acceso a la conciencia planetaria, el intercambio instantáneo de noticias, la globalización en todos los sectores de la vida y la consiguiente interacción entre las diferentes partes del globo en todos ellos, los grandes flujos de población producidos por las migraciones y el turismo, etc.

El pluralismo contemporáneo ha roto definitivamente la tendencia al etnocentrismo que ha caracterizado a todos los pueblos y culturas a lo largo de la historia, y la ha sustituido por el pluricen-

trismo en todos los terrenos. La religión no podía mantenerse al margen de este movimiento universal y, como respuesta a él, a partir del siglo pasado, las distintas religiones han aprendido a conocerse gracias a numerosos encuentros y diálogos.

En tal situación es imposible vivir como hasta ahora en el aislamiento, la ignorancia mutua y la exclusión como único sistema de valoración de los religiosamente diferentes a nosotros. Algunos temen que el pluralismo conduzca a la relativización de todas las religiones y acentúe la tendencia al indiferentismo religioso, y para evitarlo proponen levantar murallas y cavar trincheras que defiendan a los fieles de la propia tradición, aun a costa de aislarlos del resto del mundo, como único medio para preservar la propia identidad. Lo malo de tales posturas es que, además de ser imposibles –no se pueden poner puertas al campo–, generan desconfianzas que favorecen el desencadenamiento de conflictos entre los diferentes. Tales propuestas haría que las religiones sigan siendo, como tantas veces lo han sido, causa o pretexto para la confrontación, en lugar de ser instrumento de paz.

El pluralismo no es fundamentalmente un peligro, es una ocasión para la relativización de lo mucho que es relativo en las diferentes religiones y un medio providencial para la instauración del diálogo entre ellas que enriquezca a todos sus miembros y les ayude a colaborar en la promoción de la justicia y la paz en todo el mundo.

El pluralismo es ya un hecho en toda Europa y, en menor medida, en España. ¿No deberían las comunidades cristianas tenerlo en cuenta y educar a quienes participan en sus celebraciones para que se enfrenten a él sin reacciones exageradamente «identitarias» y con la mejor disposición para la acogida y el diálogo? El «espíritu de Asís», impulsado por Juan Pablo II, crecería así en la Iglesia para bien de la sociedad.

8. NO SIN LOS OTROS

Se atribuye a Michel de Certeau la inclusión del «no sin los otros» en su propia identidad cristiana. Me parece un gran acierto. Porque entender la propia identidad en términos de contraposición a todos los demás –«te doy gracias porque no soy como los demás», rezaba el fariseo denunciado por Jesús– conduciría a un cristianismo aislado de cualquier comunicación y diálogo con los otros, y por eso irreconciliable con la fe en el Dios Padre revelado en Jesucristo.

En efecto, tal forma de comprender la identidad cristiana choca en primer lugar con la primacía en ella de la caridad universal, principio inspirador de la vida cristiana. Porque el amor requiere la aceptación y el respeto del otro como otro, el reconocimiento de su identidad diferente de la propia y la invitación a ese otro a ejercer lo más propio de sí mismo en su reconocimiento recíproco de mi propia identidad.

Ignorar a los otros choca además frontalmente con la misma pretensión de verdad incluida en la identidad cristiana. Porque creer en «un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra», supone aceptar como procedentes de Dios la riqueza y la variedad de realidades presentes en la creación y las riquezas de verdad, belleza y valores presentes en los incontables grupos humanos que la han descubierto, disfrutado y expresado en todas las culturas a lo largo de toda la historia. Y creer en Jesucristo, quien «se despojó de su rango, tomó la forma de esclavo y se hizo uno de tantos», exige de sus discípulos eliminar la pretensión de ser superiores a los demás, y los invita a vivir su propia fe en relación con ellos bajo la forma de un modesto a la vez que osado testimonio.

¿Cómo no acompañar la confesión de la verdad presente en la propia tradición con la nostalgia de la verdad, el valor y la belleza del mundo creado por Dios y también descubierto y apreciado por todos los seres humanos? El fiel monoteísta y cristiano no puede

contentarse con tolerar la existencia y la verdad de los otros, religiosos o no, que con él comparten el mundo y la historia; es invitado por su fe a apreciarlos y entrar en diálogo con ellos hasta que «Dios sea todo en todos», y la nostalgia de los unos por los otros se transforme en felicidad compartida por todos.

9. UNA NECESIDAD VITAL

Felizmente van desvaneciéndose los «ecos amargos» que provocó la lección del papa en Ratisbona (2006). Las palabras y gestos que multiplicó tras ella le han permitido manifestar de la forma más explícita sus ideas y convicciones en relación con el islam. Gracias a ellas sabemos que algunas de sus decisiones sobre el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso no suponen el cambio de política que algunos habían denunciado en la cuestión del diálogo interreligioso, ni una influencia excesiva sobre ella del documento *Dominus Iesus*, extraordinariamente restrictivo sobre la relación de los cristianos católicos con las otras Iglesias cristianas y con las religiones no cristianas.

El diálogo entre el cristianismo y el islam, ha dicho expresamente Benedicto XVI, constituye «una necesidad vital» para musulmanes y cristianos, y es un deber para todos ellos comprometerse en la defensa y la promoción de la dignidad humana.

Teóricamente, todos estamos de acuerdo en la necesidad del diálogo entre las religiones. Entre otras razones porque sin él no será posible la paz mundial. Pero, para que ese diálogo sea efectivo, son indispensables algunas condiciones. La primera, superar prejuicios y estereotipos vigentes entre los miembros de las diferentes tradiciones en relación con las religiones de los otros, por ejemplo: que los monoteísmos sean por definición intransigentes y estén por necesidad ligados a la violencia; que el hinduismo tenga necesariamente que

desentenderse de las condiciones terrenas de la vida de las personas; o que el budismo sea por definición una religión o una concepción de la vida pesimista.

La historia de las religiones muestra que tales prejuicios se basan en la ignorancia; que todas las religiones han sido históricamente responsables de lo mejor y lo peor, porque ninguna de ellas ha sido siempre fiel al alto ideal que profesa. Así, en el islam puede haber corrientes reticentes hacia la razón, pero en su tradición también podemos leer: «La tinta de los sabios es más preciosa que la sangre de los mártires»; «busca la ciencia hasta en China».

Con todo, el solo estudio no capacita para el diálogo. Los sujetos religiosos tenemos un obstáculo mayor que la ignorancia en la tendencia a considerar que la propia tradición posee la verdad plena sobre todo lo divino y lo humano, y que, por tanto, el contacto con los otros no puede aportarnos nada positivo.

Una distorsión total de la actitud religiosa que lesiona la trascendencia del Misterio en el que cree, al que todas las religiones orientan y aproximan, al que remite lo mejor de la condición humana, pero al que ninguna religión agota y el pensamiento humano es incapaz de abarcar.

Tienen razón los que temen el relativismo religioso. Pero el fanatismo y el dogmatismo religiosos son un peligro no menor. Ambos hacen imposible el diálogo entre las religiones, indispensable para preservar la paz en el mundo.

10. ¿BROTOS DEL CRISTIANISMO DEL FUTURO?

Desde hace décadas, numerosos estudiosos de la religión vienen constatando una profunda crisis del cristianismo en Europa y se preguntan por su futuro. Lo que está en crisis, dicen, es una forma histórica de cristianismo cuya institucionalización sufre un enorme

desfase en relación con la cultura actual: el cristianismo de cristiandad, o de gran Iglesia, sociedad perfecta frente al Estado, con gran peso social y cultural, y que mantenía o añoraba una posición de predominio en sociedades mayoritariamente cristianas; el cristianismo vivido como sistema rígido de creencias, de ritos y de normas que informaban las formas de pensar, de comportarse y hasta la vida cotidiana de las poblaciones crecidas en su interior.

Este cristianismo ciertamente se está desmoronando. Entre sus ruinas, se repite, están apareciendo nuevas formas de cristianismo: comunidades surgidas por la elección personal de sus miembros, que celebran el culto de manera más viva, tienen mejor formación teológica y participan asiduamente en la vida comunitaria. Gracias a ellas podría preverse que el cristianismo sigue teniendo futuro en Europa, y que, aunque muy disminuido numéricamente, podría salir renovado de la crisis actual.

Pero, ¿dónde están esas nuevas formas de cristianismo? ¿En los llamados nuevos movimientos eclesiales, esos grupos fuertemente identificados con la jerarquía, seguidores de sus consignas, que han restaurado formas de piedad y de espiritualidad tenidas por tradicionales, nutren de vocaciones algunos monasterios y conventos y fundan seminarios para paliar la drástica disminución de presbíteros diocesanos? ¿O en las comunidades populares surgidas en muchas parroquias después del Concilio, dotadas de preocupación social, que han renovado su teología y celebran de forma más comunitaria y participada?

Confieso que, reconociendo los valores de unos y otros grupos, tengo dificultad para ver en ellos los brotes de nuevo cristianismo que tanto deseamos y necesitamos. Los primeros, porque han optado por formas de cristianismo que hacen más manifiesto el desfase con la sensibilidad y la mentalidad contemporánea y han adoptado formas de organización y de vida peligrosamente «asectariadas», reñidas con cualquier significatividad en las sociedades actuales. Los

segundos, porque están siendo incapaces de transmitir su cristianismo a sus propios hijos, y con frecuencia se agotan en la crítica sistemática a la jerarquía, sin apenas someterse a la indispensable autocrítica.

¿No habrá llegado la hora de que estas dos orientaciones del cristianismo activo de nuestros días confluyan hacia nuevas comunidades cristianas que aprendan a compartir los rasgos mejores que las caracterizan y se ayuden a superar las deficiencias que cada una de ellas arrastra? Para ello es indispensable que la jerarquía deje de identificarse con una sola de ellas y ejerza el ministerio de la unidad de los diferentes que le es propio.

11. DAR RAZÓN DE NUESTRA ESPERANZA

No creo ceder al derrotismo si constato que en la sociedad actual y en la Iglesia reina un clima de desánimo y desencanto. Perceptible hace ya tiempo, la crisis económica lo va extendiendo y radicalizando.

Cada día son más las personas que tienen dificultad para encontrar un sentido a sus vidas. Cada vez son más los cristianos que ven debilitarse su esperanza.

La explicación de este hecho puede estar en que la crisis social y personal causada por el colapso del sistema económico ha hecho desvanecerse las falsas seguridades que la abundancia de bienes de consumo y el bienestar social habían producido, ocultando a muchos las preguntas radicales, la precariedad existencial, la hondura de sus deseos que impone al hombre su condición de ser finito que se supera infinitamente a sí mismo (Pascal), de ser mundano abierto a la trascendencia. Confrontadas de repente con situaciones límite y sin recursos morales y espirituales para responder a ellas, muchas personas dan –¿damos?– la sensación de encontrarse sin rumbo, a la intemperie y como náufragos de ese crucero virtual por el que discutiría su vida.

A las urgentes consecuencias materiales de la crisis sobre las personas más vulnerables, las comunidades cristianas están respondiendo, junto con otras instancias, generosa y eficazmente, mediante los comedores y los servicios sociales de Cáritas y otras instituciones benéficas. Nunca se agradecerá bastante este servicio. Pero las comunidades cristianas hemos de responder además a la crisis de valores y de sentido que la situación económica ha puesto de manifiesto. Pocas obras de caridad tan necesarias en la actualidad como la aportación de esperanza. No olvidemos que los cristianos vivimos de la fe en Jesucristo resucitado y de la esperanza en que su resurrección aporta a los seres humanos la vida eterna como destino para sus vidas. Eterna, ciertamente, porque el amor infinito de Dios se ha demostrado en la resurrección de su Hijo más fuerte que la muerte. Pero eterna, también, porque la fe en el Resucitado transforma las fuentes de la vida humana y ya desde ahora, en medio de sus inevitables penalidades, podemos vivir una vida plena, buena, generosa, valiosa, feliz, que merece la pena ser vivida. Dar testimonio de esta nueva vida forma parte de la contribución de los cristianos a la solución de la crisis actual. La mejor forma de hacerlo es «dar razón de nuestra esperanza».

12. NUEVA LLAMADA A LA «NUEVA EVANGELIZACIÓN»

Benedicto XVI acaba de crear un Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización. Con él trata de responder a la situación de las Iglesias en regiones de «antiguo cristianismo» que, en grados diferentes, padecen el alejamiento de la fe y viven en situación de indiferencia «como si Dios no existiera» – o de ateísmo declarado. En esas regiones, dice el papa, las Iglesias necesitan un «renovado empuje misionero» que el nuevo organismo deberá promover.

La iniciativa merece ser recibida con alegría. Pero tal vez, para que no se reduzca – como las muchas que se han sucedido a lo largo

del siglo XX – a una enumeración de evidencias teóricas sin repercusión sobre la vida de las Iglesias a las que se dirigen, estas deberán hacerlo objeto de un trabajo de reflexión y de lectura crítica que tenga en cuenta las iniciativas anteriores, su evidente fracaso y las nuevas circunstancias de los últimos años.

La experiencia de un largo siglo de esfuerzos de evangelización incapaces de detener el proceso de «descristianización» de países de tradición cristiana muestran que no bastan las llamadas urgentes a un renovado empuje misionero. Cuando en los años cuarenta del siglo pasado comenzó a constatar que Europa se estaba convirtiendo en tierra de misión, los promotores del movimiento misionero que esa constatación desencadenó observaron que no tendría eficacia si las Iglesias que lo promovían no se ponían ellas mismas en «estado de misión». El desarrollo de los acontecimientos les ha dado plenamente la razón.

Cualquier llamada a la evangelización tiene que partir del hecho de que solo unas Iglesias de verdaderos creyentes, de cristianos evangelizados, pueden evangelizar. El papa lo reconoce y lo expresa con claridad en su documento: la nueva evangelización «presupone una constante renovación interior», un «paso de la Iglesia de evangelizada a evangelizadora». «Para proclamar de manera fecunda la palabra del Evangelio es necesario ante todo que se haga una profunda experiencia de Dios». Dificilmente desarrollarán una nueva evangelización comunidades cristianas afectadas por la «crisis de Dios» que padecen las sociedades a las que quieren evangelizar.

De ahí que, para iniciar ambiciosos proyectos o campañas de evangelización, se requiera la revitalización cristiana de las comunidades sujeto de esa evangelización. Esa tarea indispensable de conversión de las personas debe ir acompañada además de la reconversión de unas estructuras eclesiales: forma «jerarcocéntrica» de organización, reconocimiento del lugar de la mujer, ejercicio de la autoridad, respeto a la legítima pluralidad, búsqueda efectiva de la unidad

con las otras Iglesias cristianas y diálogo con las demás religiones, etc., sin la que la visibilización estructural de la Iglesia seguirá impidiendo la irradiación de la luz de los creyentes.

13. UN MENSAJE ETERNO, NO ANACRÓNICO

Uno de los teólogos actuales más preocupados por la vigencia del mensaje cristiano en la historia y en la sociedad actuales, J. B. Metz, escribió hace poco que lo peor que le puede ocurrir al cristianismo es que se vuelva anacrónico. Su advertencia se debe a la impresión de que tal peligro se está haciendo realidad. Es verdad que algunos de nuestros contemporáneos rechazan, siguiendo la estela de los grandes ateos del siglo XIX y de la primera parte del XX, el cristianismo y sus valores. Pero mucho más frecuente en las últimas décadas del siglo pasado está siendo que masas importantes de personas se declaren indiferentes al cristianismo, sordos a su mensaje, insensibles a sus promesas.

Este hecho mayor de nuestra situación no puede dejar de interpelarnos a quienes nos consideramos creyentes. Porque una indiferencia tan extendida y tan radical –sobre todo cuando otros fenómenos actuales, como los nuevos movimientos religiosos, dan muestras de la pervivencia en nuestros contemporáneos de necesidades religiosas– puede deberse en buena medida a que los cristianos actuales estamos presentando, con nuestra manera de vivir, de pensar, de estar en la sociedad, y con nuestra forma de presentar el mensaje cristiano, un cristianismo insignificante, increíble y, tal vez, perfectamente anacrónico.

La respuesta a una situación así no puede ser el intento por reconquistar la relevancia social que hemos perdido. ¡Cuántas iniciativas jerárquicas aparecen como un esfuerzo por abrirse paso a toda costa, por reconquistar espacios de poder y de influjo, a codazos políticos si

es preciso, en una sociedad irremisiblemente y legítimamente secularizada! Tampoco es respuesta adecuada el intento por acomodar el cristianismo a los gustos del momento. Así se conseguiría a lo más un cristianismo a la moda. Y todos sabemos que nada hay más efímero y más condenado al anacronismo que las modas, sometidas a un vaivén permanente.

A veces queremos subrayar la permanente vigencia del cristianismo remitiendo en cuestiones morales o doctrinales a principios pretendidamente absolutos, transculturales, ajenos a la historia y al paso del tiempo. Sin darnos cuenta de que estamos atribuyendo a una pretendidamente inmutable naturaleza humana una concepción de la misma fácilmente fechable y situable, elevada –por una forma no menos histórica de pensar–, a la categoría de verdad inmutable. No tenemos en la cuenta de que con tales procedimientos tal vez busquemos sobre todo la consolidación de una institución envejecida que las exigencias legítimas de nuestro tiempo están haciendo tambalearse.

Una buena referencia para hacer significativamente presente en nuestro tiempo el mensaje cristiano, eternamente válido, es decir, contemporáneo de todas las épocas, es considerar al hombre de nuestro tiempo, sus preguntas, sus gustos, sus temores, sus necesidades. Porque para ese hombre y esas necesidades es precisamente el cristianismo mensaje de salvación. Y porque las instituciones religiosas son para el hombre y no a la inversa, y la gloria de Dios –el único eterno– es que el hombre viva y se salve.

14. INVITACIÓN A LA TEOLOGÍA

Hasta hace poco tiempo era frecuente entre católicos practicantes una forma de creer conocida como la «fe del carbonero». Consistía en creer sin hacerse preguntas y en responder a las que otros planteaban remitiendo a un grupo de especialistas: los «doctores de la santa

Madre Iglesia». La fe del carbonero era una de las perversas consecuencias de la división de los fieles en clérigos y laicos, y la reducción de estos últimos a la condición de clase pasiva, sin voz ni voto, privada de la dignidad y la responsabilidad del ejercicio del pensamiento.

Felizmente, ese tipo de creyentes constituye una especie en rápido proceso de extinción. Primero, porque la secularización de la sociedad y de la cultura ha desbaratado el hábitat en el que se desarrollaba su vida. De una cultura que albergaba la fe se ha pasado a otra desligada de la religión y del influjo social de las Iglesias, centrada en la gestión de problemas científicos, técnicos y económicos, y que recurre para la solución de los problemas del sentido y el valor a una pluralidad de instancias, religiosas o no, entre las que cada persona elige de acuerdo con sus preferencias.

En esta situación, cada cual se ve en la necesidad de optar libremente y de razonar sus opciones en relación con las creencias. Además, la extensión de la cultura secularizada a todas las capas de la población, gracias al influjo de los medios de comunicación y al acceso generalizado a la enseñanza, pone constantemente a los creyentes ante las dificultades que las conclusiones de la ciencia plantean a formas de creer ligadas muchas veces a una visión del mundo arcaica y superada. ¿Cómo seguir creyendo en estas circunstancias sin intentar responder personalmente a dificultades que ponen en cuestión aspectos fundamentales de la fe cristiana?

Porque es verdad que varios siglos de confrontación y diálogo del cristianismo con la modernidad han sentado las bases para un entendimiento de la fe con la ciencia. Pero también es verdad que esas bases quedan lejos para el común de los creyentes. La Iglesia parece haber tenido más interés en defender la fe de los fieles aislándolos del mundo que ayudándoles a entrar en diálogo con él. De hecho son muchas las personas que, ante las noticias de un descubrimiento científico, las alusiones a los problemas de la historicidad de determinadas páginas bíblicas, las dificultades que suponen hechos más o

menos escandalosos de la historia de la Iglesia, aireados por medios de comunicación sensacionalistas, experimentan una intensa conmoción en su vida de fe y reaccionan acusando a la Iglesia de haberlos mantenido engañados.

Por eso ha llegado la hora de que todos los miembros de la Iglesia, también los laicos, se pongan a la búsqueda de esa comprensión de la fe por la razón, de ese diálogo de la fe con la cultura, que es la tarea propia de la teología. Felizmente son ya muchas las instituciones destinadas a procurar a los seglares la indispensable formación teológica. A las comunidades cristianas corresponde ahora aprovechar sus servicios para que sus miembros pasen de la fe del carbonero a una fe razonable, adulta, crítica, capaz de enfrentarse con los problemas que les plantea la nueva cultura y de responder con modestia, pero con decisión, a sus desafíos.

15. LA NOVEDAD DEL CRISTIANISMO

Acabo de releer un precioso librito ya antiguo: *El niño de Agrigento*. En él, A. J. Festugière, un sabio dominico del siglo pasado, resume sus conocimientos sobre el mundo greco-romano y el impacto sobre él del cristianismo de los tres primeros siglos. Dos cosas llaman la atención: la extraña semejanza del mundo pagano de entonces con nuestra sociedad; y la diferencia de los cristianos de ahora con los de entonces.

Tras describir a grandes líneas la sociedad, la cultura, la sabiduría y la religiosidad de aquellos siglos, observa el autor que por encima de todo reinaba un gran vacío, la impresión de un inmenso hastío. Se buscaba a ciegas una razón para vivir. Latía un sordo anhelo de salvación. Se imponía la necesidad: ¿tiene que haber algo más, algo mejor, algo seguro; tiene que haberlo! Y como, a pesar de la altura de la sabiduría antigua y de la proliferación de nuevas religiones, nadie

lo ofrecía, «en esa época causa estragos una epidemia de suicidios». A eso lo llamamos hoy situación de nihilismo.

En ese mundo sin esperanza se va a abrir camino y se va a extender, con la rapidez de un incendio en la maleza, el cristianismo. ¿Qué aportaba esa religión que algunos escritores paganos comenzaron tachando de «plaga funesta» y de «superstición depravada»? Antes que nada, la sensación de una inaudita novedad. Que no consistía en una sabiduría más, ni en un modelo social, ni en un código de conducta, sino en la persona misma de Cristo, que revela a un Dios que ha creado a los hombres y ha decidido redimirlos. Un Dios que ama incondicionalmente a los seres humanos y quiere hacer de ellos sus hijos.

Lo que permitió a los cristianos vivir bajo un régimen de persecución y superar la indiferencia, el menosprecio y las calumnias es la fuerza interior, la fe ardiente y la caridad que irradiaban sus vidas transformadas. Lo que atrajo a los paganos a Cristo es la nueva forma de humanidad presente en sus comunidades, donde se sentaban a la misma mesa hombres y mujeres, esclavos y libres, griegos y bárbaros, ciudadanos romanos y extranjeros. Donde se compartían los bienes, se daba gracias a Dios y reinaban el gozo y el amor mutuo.

Lo que las primeras comunidades de cristianos aportaron a su mundo, ¿no es un modelo de lo que las comunidades cristianas pueden y deben aportar al nuestro?

16. «LA CIUDAD SE LLENÓ DE ALEGRÍA»

Con frecuencia, cuando aparecen noticias que ponen de relieve el descenso notable de la práctica religiosa en nuestro país, no faltan voces que, traduciendo a números absolutos los porcentajes de practicantes, muestran el alto número de personas que la Iglesia congrega semanalmente. Un número, se subraya, superior al de los que reúne la práctica del deporte más popular. Ciertamente es un hecho digno

de atención. No sé, sin embargo, si caemos en la cuenta de la responsabilidad que supone para los que pertenecemos a esas comunidades y participamos en sus celebraciones.

Bastaría pensar en la escasa significatividad de los cristianos en la sociedad para que la referencia a esos millones de participantes en nuestras asambleas dominicales se convirtiera en un motivo de seria reflexión para las comunidades cristianas y sus ministros.

¿Sería nuestra sociedad la masa disgregada, la «muchedumbre solitaria» que tan frecuentemente es si las comunidades de esas celebraciones dominicales viviesen en su vida diaria la conciencia de ser la comunidad de hermanos que la celebración dominical requiere y está llamada a realizar y fomentar? Los relatos pascales subrayan en los encuentros con el Resucitado la alegría que ese encuentro produce en las personas y los grupos que lo viven: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor»; «la ciudad se llenó de alegría»; «... y siguió su camino lleno de alegría». ¿Aportamos los cristianos, que hemos escuchado esos relatos en nuestras celebraciones pascales, algo de esa alegría a la sociedad de la que formamos parte? ¿Dan nuestras comunidades muestras de vivir ellas mismas algo parecido?

De las primeras comunidades cristianas, seguramente un tanto idealizadas, se cuenta que vivían en la unión fraterna, que todo lo tenían en común, que partían el pan en las tasas y compartían los alimentos con alegría. ¿Formamos los cristianos que celebramos la eucaristía verdaderas comunidades con una forma de vida parecida que las convierta en «comunidades alternativas» o en «comunidades fermento» de otra forma de vivir que encarne los valores evangélicos? ¿O, al contrario, vivimos las mismas celebraciones desde el individualismo insolidario que caracteriza las sociedades actuales de nuestro entorno?

Por supuesto, no pretendo con tales preguntas cargar a nuestras modestas comunidades cristianas con nuevas culpabilizaciones. Las propongo como una invitación a reflexionar sobre la calidad de

nuestras celebraciones dominicales y sobre los medios que tendríamos que poner en práctica para que se conviertan en palanca de transformación de quienes participamos en ellas, de forma que cumplamos la misión en la sociedad que el Señor encomienda a los que queremos ser sus discípulos.

17. LLAMADOS A SER PROFETAS

La palabra «profeta» está asociada, en el lenguaje ordinario de creyentes y no creyentes, a la visión y la predicción del futuro. La figura de Juan Bautista, profeta por excelencia y «más que profeta», nos hace asociar al profeta con el desierto y representárnoslo «vestido de piel de camello, con correa de cuero a la cintura y alimentándose de saltamontes y miel silvestre». La conocida y hermosa escultura de Pablo Gargallo es la mejor representación plástica de esa imagen.

Cuando la palabra cobra este significado, remite a la figura que lo encarna a épocas heroicas, pero remotas; la sitúa en paisajes culturales que tienen poco que ver con el nuestro, y parece excluir la de una realización contemporánea del ser cristiano.

Y, sin embargo, los textos del Concilio Vaticano II atribuyen la condición de profetas a todos los cristianos, y fundan esa atribución en el hecho de que todos ellos participan del ser y la misión profética de Jesucristo.

Basta recuperar lo esencial del profetismo cristiano para ver la posibilidad y la necesidad de la encarnación de esta figura en la Iglesia y en la sociedad de nuestro tiempo. El profeta no es el que predice el porvenir, sino el que descubre al Absoluto. No es el adivino del futuro, sino el que es capaz de ver la hondura del presente; el que por debajo de objetos y de hechos aparentemente inconexos descubre la trama de un designio de salvación, y en las oscuridades de una historia aparentemente sin sentido descubre una presencia amorosa.

Pero esto no hace del profeta un vidente ni un adivino. Su tarea no es retirarse de la vida ordinaria para disfrutar de una visión o escuchar palabras enigmáticas. Al contrario, el profeta es la persona que, habiendo purificado y ahondado suficientemente su mirada y habiéndose dejado iluminar por la luz que le confiere la presencia de Dios, descubre los gestos y huellas de esa Presencia donde las miradas distraídas de sus contemporáneos no ven más que objetos, utilidades o hechos sin sentido. Por eso su vida toda, y no solo su palabra, se convierte para su generación en voz y palabra de Dios. Gracias a ella, los que viven con el profeta comienzan escuchar y a decir una presencia que no reconocían. Gracias al profeta, como sucedió con san Pablo en Atenas, sus contemporáneos descubren ese Dios que llevan dentro y al que habían levantado un altar sin conocerlo.

Los profetas no suelen transmitir comunicados oficiales, no son los portavoces autorizados de la institución religiosa. Sus mensajes no están contenidos en los boletines oficiales de los obispados ni en las actas de los altos órganos de las instituciones religiosas. Atraen la atención hacia otras voces generalmente poco reconocidas, dirigiendo la mirada hacia lugares poco o nada «recomendables». Más aún, con frecuencia denuncian con energía las perversiones de una religión que pone el culto, el templo y el resto de las instituciones eclesásticas por encima de la justicia, los derechos humanos, el bien real de hombres y mujeres, la compasión hacia los excluidos y los pobres. Por eso descubren la presencia y la acción de Dios en lugares insospechados para los que se llaman sus «representantes oficiales»: la pobre viuda que da de lo que necesita, la mujer de mala fama que es capaz de amar mucho, el publicano, el militar romano y la mujer de más allá de las fronteras visibles del pueblo de Dios.

De esta forma, los profetas inventan un nuevo lenguaje sobre Dios más próximo a la vida real de las personas que el de la teología, el culto oficial y las Iglesias. Se pronuncian contra la opresión, la pobreza, el hambre, la cárcel, la injusticia, la enfermedad, la violencia

y las lacras sociales como los grandes obstáculos a la presencia de Dios y a su reconocimiento por las personas. Y remiten a la justicia, la solidaridad, el amor efectivo, el servicio, el perdón, como las señales de su reinado en el mundo.

Con eso no sustituyen la religión por la política; sencillamente ponen la religión donde únicamente se vive y se encuentra: en medio de la vida.

18. TEOLOGÍA PARA TODOS

El papa Pablo VI denunciaba hace años la ruptura entre el Evangelio y el mundo actual. Tal ruptura se manifiesta en casi todos los aspectos de la vida cristiana, pero voy a referirme a uno solo, el de la fe y la razón. Largos siglos de presencia del cristianismo en la cultura occidental habían producido una impregnación tal de la fe en el pensamiento que el ejercicio de la razón por los creyentes discurría normalmente a la luz de la fe y en perfecta consonancia con ella. La época moderna está jalonada de episodios de ruptura de esa consonancia, originados por la progresiva emancipación de la razón en relación con la fe.

Los pensadores cristianos, en el terreno de la filosofía, las ciencias y la teología, se han enfrentado con este hecho que parecía poner en cuestión sus propios fundamentos, y, tras no pocas crisis y dificultades, han aprendido a convivir con el problema y a dar respuestas a la nueva situación. De hecho, en la actualidad, numerosos creyentes trabajan en las fronteras más arriesgadas de la ciencia, se plantean con radicalidad los problemas filosóficos actuales, hacen avanzar con competencia las ciencias humanas sin que su trabajo les exija poner en cuestión la validez, en su propio terreno, de la adhesión de la fe.

La segunda mitad del siglo XX ha visto producirse un cambio cualitativo en esta situación. Los avances de las ciencias, la transfor-

mación de determinados problemas éticos, el replanteamiento de nuestros conocimientos en terrenos cada vez más numerosos llegan, divulgados por los medios de comunicación, a la inmensa mayoría de las personas. Ahora bien, muchas de estas, creyentes por tradición, no han tenido la ocasión de actualizar la formación cristiana que recibieron en su infancia. Así, es inevitable que la nueva cultura plantee a su fe infantil numerosos problemas para los que el pensamiento cristiano dispone de respuestas que, por falta de cauces, no han llegado hasta ellos. El resultado será un choque que llevará en muchos casos al abandono de unas creencias tenidas por infantiles o el establecimiento de equilibrios cada vez más difíciles entre la fe heredada y una razón que no puede renunciar a reclamar sus derechos.

La salida de esta situación no es difícil. Se trata tan sólo de que todos los cristianos realicemos ese esfuerzo por poner en consonancia la fe y la razón que desde siempre intenta la teología. La Iglesia ofrece cauces cada vez más numerosos para responder a esta necesidad. Cuando estamos para comenzar un nuevo curso, muchos vamos a tener la oportunidad de inscribirnos en los centros abiertos a seculares y adaptados a todos los niveles que las parroquias y las instituciones teológicas ponen a disposición de todos. ¡Ojalá los aprovechemos!

19. UN TALLER DE TEOLOGÍA

Lo llamamos «taller» por el carácter práctico de la reflexión, que parte de la vida y se orienta a la vida de los que tomamos parte en él, y por la modestia de nuestras pretensiones. Aquí trabajamos con herramientas sencillas, con palabras al alcance de todos. La «alta tecnología», las disquisiciones de escuela, las dejamos para otros. El proyecto surgió de la necesidad de formación cristiana experimentada por numerosas personas en las comunidades cristianas de un

arciprestazgo del barrio. Muchas de ellas vivían su cristianismo de adultos con la formación adquirida en la catequesis seguida en su niñez, hace muchos años, y experimentaban una enorme desproporción entre su formación científica, técnica, profesional, y el catecismo de su infancia. ¿Y si «lo cristiano», se preguntaban, perteneciera a los cuentos de la niñez, y si todo él fuera como la creencia en los Reyes Magos? Otros se veían desconcertados por descubrimientos científicos o datos históricos que parecen poner en cuestión la verdad de la Biblia y determinadas afirmaciones contenidas en el Credo.

A todos se nos impuso una evidencia. El cristiano de hoy no puede contentarse con la «fe del carbonero» ni con aceptar a ciegas las verdades reveladas por Dios que la «santa Madre Iglesia enseña». Para poder seguir siendo cristiano necesita ser también teólogo.

Después de varios años, la experiencia resulta positiva y esperanzadora. En las sesiones del taller, un número considerable de cristianos pone en común preguntas que inquietan su fe, vislumbran caminos de respuesta, descubren la capacidad insospechada que la fe cristiana posee para iluminar los problemas fundamentales de la vida y se pone en disposición de «dar razón de su esperanza». Cristianos sencillos están haciendo teología: están poniendo su fe a la búsqueda de la comprensión que su razón les exige.

20. UN TRABAJO DE CONCIENCIACIÓN INDISPENSABLE

Escribo este texto en pleno debate parlamentario de la nueva ley del aborto, que pasa de la despenalización de lo que era considerado un delito a la atribución a la mujer del derecho a eliminar el nuevo ser humano, distinto de ella misma, que es su hijo.

No es cuestión de entrar aquí en las razones, que doy por conocidas, que hacen al aborto profundamente inmoral. Mi intención aquí es otra: señalar el peligro de deshumanización que supone dejar

extenderse en las conciencias la lógica subyacente a las justificaciones teóricas o prácticas del aborto, y que quienes lo consideramos inmoral nos resignemos a esa extensión como algo inevitable contra lo que no cabe hacer nada. La clave de esa lógica perversa es la ignorancia completa del nuevo ser humano que constituye el no nacido, una ignorancia que sitúa al feto en una especie de limbo, de tierra de nadie moral y legal, que permite considerarlo ajeno al principio fundamental de la dignidad inviolable de todo ser humano y de sus derechos fundamentales.

Del poder devastador de la extensión de la lógica abortista da idea el hecho de que tantas instituciones, tantos gobiernos y tantas personas – ¡incluso cristianas? – hayan hecho suya esa lógica, contra el principio expresamente enunciado en la Declaración de los Derechos del Niño (1959): «El niño, por su falta de madurez física y mental, necesita protección y cuidados especiales, incluso la debida protección legal, *tanto antes* como después del nacimiento», recogido también en el preámbulo de la Convención de Naciones Unidas sobre el mismo tema (1989).

Abierta esta brecha en la aplicación de ese principio, ¿qué barrera moral impedirá que en otro momento esa ignorancia y esa exclusión se extienda a otros grupos de personas, débiles o incapaces de defender sus propios derechos, que los poderosos de turno consideren susceptibles de esa exclusión? Una brecha así en la universalidad de los derechos humanos inicia el retroceso de la humanidad al estadio prehumano de la imposición de la ley del más fuerte.

De ahí la necesidad de un trabajo de concienciación en las comunidades cristianas que impida su invasión por esa cultura, y la mentalidad y sensibilidad que comporta. Tal concienciación se hace más necesaria si se tiene en cuenta la introducción, prevista por la ley, en todos los grados de la enseñanza, de una información sobre el aborto, que todo hace temer que se inspire en los principios que han regido su elaboración y su aprobación.

No creo necesario añadir que esa concienciación debe incluir la necesidad de acompañar y asistir a las mujeres que se vean abocadas a ese trance, y que, pensemos con razón lo que pensemos, nada autoriza a ninguna instancia –ni cristiana ni humana– a erigirse en juez de ellas.

21. NECESIDAD DE LA ORACIÓN

La conciencia de crisis en el cristianismo de los países occidentales viene suscitando en los últimos años una pregunta inquietante: ¿habrá por debajo de la crisis de las prácticas y de las creencias religiosas, y más allá de la crisis de credibilidad de las Iglesias, una «crisis de Dios»? ¿Estará siendo afectado por la crisis, además de las mediaciones de la vida cristiana, su núcleo esencial, la vida teologal? Quienes lo afirman sostienen además que afecta a buena parte de los que nos consideramos creyentes en las comunidades cristianas e incluso en las comunidades de vida consagrada y en el clero. No es fácil decidir si los que así pensamos estamos en lo cierto, porque nada es tan difícil, incluso para los propios interesados, como saber a ciencia cierta quién es un creyente. Seguramente tiene razón Bonhoeffer: «Quién sea yo, tú lo sabes, Señor».

Pero no faltan indicios que nos permiten tomar conciencia de nuestra verdadera situación. La oración es uno de los más fiables. En este terreno, los cristianos mayores hemos pasado por una sinuosa evolución. Después del Concilio, nuestra oración pasó por una seria crisis. Primero abandonamos, un tanto alegremente, muchas formas imperfectas de oración reducidas a repetición mecánica de rezos y a prácticas devocionales contaminadas por motivaciones aparentemente mágicas, pero no conseguimos sustituirlas por otras que se adaptasen a las exigencias de pureza que los movimientos de reforma iban descubriendo. Hubo incluso quienes racionalizaron el abando-

no de la oración con falaces justificaciones, como que la vida toda es oración o que la fe se realizaba exclusivamente en el compromiso social.

Felizmente, la falta continuada de oración despertó en muchas comunidades el sentimiento de su necesidad e iniciativas para remediarla. Algunos buscaron en tradiciones ajenas al cristianismo alimento para esa necesidad, o al menos métodos que ayudasen a remediarla. Hace ya muchos años que la mayor parte de los cristianos vivimos la conciencia de esa necesidad, y las comunidades cristianas dan muestras de estar ansiando recursos que les permitan responder a ella.

Pero los responsables de la acción pastoral experimentamos serias dificultades para responder a esos anhelos y procurar a nuestras comunidades cauces y medios que les permitan responder a ellos de la única forma realista posible: pasando al ejercicio efectivo de la oración personal y comunitaria, «rompiendo a orar», como primera puesta en ejercicio de la condición de creyentes. No es lo único que hay que hacer, pero una comunidad de vida consagrada, un presbiterio, una comunidad cristiana que no sea escuela de oración para sus miembros no les dotará de recursos para afrontar la crisis de vida y de significatividad que padecemos.

22. LA ORACIÓN DE PETICIÓN, PIEDRA DE TOQUE DE LA FE

Tan ligada está la petición a la oración que esta ha sido definida como «levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes». No es extraño. Jesús nos invita a la oración diciendo: «Pedid y recibiréis», y él mismo oró pidiendo al Padre: «Pase de mí este cáliz».

Frecuentes críticas a esta forma de oración siembran hoy en no pocos creyentes la desconfianza hacia ella. «Dios no necesita que le informemos de los males que padecemos»; «su bondad no está esperando

nuestras súplicas para venir en ayuda nuestra»; «el recurso a Dios puede ser una excusa para evitar nuestro esfuerzo»; «la oración de petición está expuesta a caer en la magia». Tales críticas son útiles y no sería bueno ignorarlas.

Pero ninguna crítica puede llevarnos a dudar de la legitimidad y la necesidad de la oración de petición. Sencillamente porque la oración no es otra cosa que la puesta en ejercicio de la fe, y la forma más natural de vivir y expresar la confianza cuando nos vemos sumidos en el sufrimiento o la desgracia es volvernos hacia Dios pidiéndole auxilio.

¿Qué puede ser objeto de nuestra petición? Es evidente que el hombre, necesitado de salvación, se vuelve hacia Dios, la salvación en persona, para suplicársela. Pero todos los males que padecemos son manifestaciones de la necesidad de salvación que comporta la condición humana; por eso en todas las peticiones, si son expresiones de una fe verdadera, no buscamos otra cosa que «a Dios mismo», como quería san Agustín; pedimos «Dios a Dios»: «Sé Dios para mí», como decía el Maestro Eckhart, y, cuando acudimos a Dios con nuestras peticiones, estamos seguros de que no dejará de darnos su Espíritu.

¿Son escuchadas nuestras oraciones? Muchos se quejan de que no lo son o no lo son del todo. Pero esa queja no está fundada. La experiencia nos muestra que encomendar a Dios una situación de sufrimiento transforma radicalmente esa situación, incluso aunque las causas que la han producido perduren. Porque el orante nunca deja de escuchar del Dios al que ora: «No temas; yo estoy contigo», y esa Presencia introduce el mal padecido en un horizonte de confianza que transforma su sentido. Basta que el hombre expulse de su interior su situación de necesidad por medio del grito de auxilio, la queja o la petición y la ponga ante Dios para que esa situación deje de ser sin salida, pierda su condición tenebrosa.

Jesús recomendó la oración hecha con fe, es decir, que sea expresión de una confianza incondicional en Dios, y en su nombre, es

decir, unidos a él. Porque en Jesús Dios se ha revelado como Padre en cuya presencia discurre nuestra vida y a cuyas manos está confiada.

23. EL ROSTRO DE CRISTO

Hace poco, un arqueólogo inglés difundía una pretendida imagen del rostro de Cristo, elaborada a partir del cráneo de un palestino de tiempos de Jesús con la ayuda de un ordenador. Muchos creyentes, al verla, reaccionaron con dureza ante lo que estimaron un atentado contra sus convicciones y sentimientos más entrañables y arraigados.

¿Por qué tales protestas? No creo que se debieran al escándalo de ver representado a aquel a quien ellos estiman su Señor bajo los rasgos de un hombre cualquiera. De hecho, los creyentes confesamos a Jesucristo Dios y hombre verdadero, y sabemos que, en él, Dios quiso hacerse «uno de tantos». Lo que extrañaba no es que la imagen se alejase mucho de los rostros extraordinariamente expresivos que nos ha legado la historia del arte. Extrañaba sobre todo que no fuera un rostro humano, sino un retrato robot, sin gracia alguna, sin la carga de interioridad que caracteriza al rostro humano.

Pero, ¿puede saberse algo del rostro de Jesús? Es verdad que los evangelios no nos ofrecen elementos para su descripción, ni siquiera aproximada. Pero sus páginas están llenas de detalles que nos permiten vislumbrar la calidad de la persona, de la que su rostro era, sin duda, icono y espejo.

De Jesús sabemos, por ejemplo, que se enfrentó con decisión y valentía con los poderosos de su tiempo; que sus entrañas se conmovían de compasión ante el sufrimiento de las personas; que era capaz de contemplar y admirar los mil detalles de la naturaleza que le rodeaba: las semillas diminutas, el crecer y el madurar de las mieses, los rebaños y sus pastores, las viñas y las yemas de los árboles que

anuncian la primavera. Sabemos que era sensible a la amistad; que disfrutaba compartiendo mesa y pan en comidas fraternales. Sabemos, además, que su mirada calaba hasta el fondo de los corazones y que sus ojos se elevaban a veces hacia el cielo para orar. Y eso es lo que echamos de menos en el híbrido de la arqueología y la informática que se nos presentaba como rostro de Cristo. El «rostro ensangrentado y lleno de heridas» de la pasión no se distinguía sin duda por su belleza; pero Pilato pudo presentarlo diciendo: *Ecce homo*, ¡ahí tenéis al hombre!

El escándalo de los creyentes ante la imagen divulgada no se debía a que esta representase un hombre cualquiera; y menos aún a un hombre del pueblo. De Jesús, justamente, hemos aprendido que en el hombre, en todo hombre, y sobre todo en el sufriente y el necesitado, tenemos la reproducción más perfecta del rostro de Cristo, en quien se nos revela el rostro de Dios. Tal vez el escándalo casi instintivo de muchos creyentes se debiese a que en la pretendida representación de Cristo palpábamos una muestra más del peligro de deshumanización del hombre que parece amenazar nuestra cultura.

24. EL HOMBRE SIGUE SIENDO CAPAZ DE ESPERANZA

Escribo en *Semana Santa* (2009). En mi entorno inmediato, una comunidad cristiana vive en espera anhelante la mañana de Pascua y su mensaje: ¡Cristo ha resucitado! En su interior se respira gozo contenido y una gran esperanza.

El contraste con el ambiente social y cultural me hace preguntarme: ¿por qué tantos contemporáneos se muestran refractarios a la idea misma de la resurrección y la declaran, por principio, inaceptable? ¿No hay en la condición humana algo que predisponga para la acogida de su anuncio? La historia de la humanidad parece sugerirlo. Pensemos en los enterramientos, primeros testimonios de la existencia

de verdaderos seres humanos, con su disposición de los restos en forma fetal o de durmiente, sus restos de flores, alimentos, armas y utensilios, que muestran la presencia de creencias en alguna forma de supervivencia para sus muertos. Eso explicaría que ya un poeta pagano protestase: *Non omnis moriar*, «no moriré yo todo». Pero, ¿no serán esas creencias manifestaciones de una humanidad que no ha llegado al dominio de sus temores y sus deseos?

K. Barth escribió que la fe en la resurrección es un corolario de la fe en Dios. Es verdad. Porque no es el temor a la muerte el que ha producido la idea de Dios, es la fe en Dios la que ha hecho aparecer la idea de la supervivencia. Y los mismos rasgos del ser humano que hacen creíble la existencia de Dios: la conciencia de que el mundo material no puede serlo todo, nuestra aspiración a lo mejor, la gravitación hacia lo alto que imprime en nosotros el deseo del Bien perfecto, son los que explican la aparición de la esperanza en la vida terrena, es decir, en la vida plena y perfecta. En ellos se funda el «no» irreprímible del ser humano a la muerte, que nunca es para el «muerte natural». Ahí se funda también la resistencia a instalarse en la finitud como su único destino; su arraigada convicción de que el ser humano no puede reducirse a «ser para la muerte»; su pretensión de que el amor es más fuerte que la muerte. Es porque el Dios en el que creemos es un Dios de vivos, aquel «para quien todas las cosas viven», por lo que los hombres que creen en él se atreven a pensar que la muerte no puede ser definitiva para ellos y se ven instados a esperar la plenitud de vida que les otorga la vida en el mundo.

Nada de esto, ciertamente, se confunde con el mensaje pascual de los cristianos. Pero explica que, sin la interferencia de prejuicios o formas de vida que lo sofocan, ese mensaje pueda despertar en los seres humanos un eco que lo hace creíble, predisponiéndoles para la esperanza. Esto es además lo que nos anima a los creyentes a seguir anunciándolo.

25. «VENID Y VED...»

Bajo este lema evangélico, y en torno a la pasada fiesta de Todos los Santos, ha tenido lugar en Bruselas un importante acontecimiento eclesial, celebrado en años anteriores en Viena, París y Lisboa, y que tendrá su próxima edición en Budapest. Se trata oficialmente de un congreso internacional, pero es mucho más que un congreso. Se lo podría describir como una feria internacional, sin la menor connotación peyorativa, para el intercambio de ideas, experiencias, logros y esperanzas de las Iglesias en Europa. El amplio repertorio de celebraciones, conferencias, coloquios, conciertos, sesiones de cine y de teatro y «talleres» ha girado en torno al tema de la evangelización, y se ha referido a la presencia de los cristianos en la sociedad, el diálogo de la fe con la cultura y las respuestas de las Iglesias a los problemas y a los retos más importantes del momento, como una nueva forma de «testimoniar el amor de Dios hacia la humanidad».

La lectura del programa y de muchos de los textos pone de manifiesto datos interesantes sobre la situación de las Iglesias europeas –así, llama la atención la presencia importante y activa de los llamados movimientos eclesiales, sobre todo los de inspiración carismática– y las convicciones y opciones que van imponiéndose entre sus responsables. En este sentido, el congreso se proponía dar visibilidad social, sin ostentación ni afán de imposición, a la Iglesia, pero no «para resacralizar la ciudad, sino para colaborar a humanizarla».

Asumida ya sin reticencias la secularización de Europa, las Iglesias europeas han tomado conciencia de que su gran reto actual es el pluralismo ideológico, cultural y religioso, y han aceptado que, en esa situación, el porvenir del cristianismo no depende de la transmisión del legado cristiano bajo la forma de la herencia o la socialización, sino de la vitalidad de las comunidades cristianas y de su capacidad para ofrecer a sus contemporáneos propuestas de sentido, valores, ideales y formas de vida alternativas, y un lugar donde establecer

relaciones personales que el individualismo actual hace cada vez más necesarias.

Todo hace pensar que los responsables de las Iglesias están convencidos de que los cristianos somos ya, o vamos a ser en breve, minoritarios en Europa, y han optado por un programa pastoral que nos permita reforzar nuestra identidad de creyentes en Jesucristo, comprometernos en la humanización de la sociedad y presentar a los hombres y mujeres del siglo XXI un mensaje que vuelva a aparecer como la buena nueva que fue en sus comienzos.